

La representación del Holocausto como problema en la historiografía*

The Representation of the Holocaust as a Problem in Historiography

Gilda Bevilacqua
Universidad de Buenos Aires
(Argentina)
gildasbevilacqua@gmail.com

Resumen

En este trabajo, indagaremos en la representación del Holocausto como problema teórico en la historiografía. Para presentar nuestro enfoque acerca de esta cuestión, desarrollaremos, primero, una de sus expresiones más significativas: la obra ya clásica *Probing the Limits of Representation: Nazism and the "Final Solution"*, compilada por Saul Friedlander en 1992, y analizaremos las propuestas de algunos de los autores referentes que participaron en ella. Luego, abordaremos lo que hemos denominado como el "problema de la adecuación entre evento y representación", y estableceremos nuestro posicionamiento sobre éste. Finalmente, presentaremos algunas de las principales conclusiones que derivamos en relación a las problemáticas estudiadas.

Palabras clave

Representación, Holocausto, historiografía, teoría de la historia, filosofía de la historia

Abstract

In this paper, we will investigate the representation of the Holocaust as a theoretical problem in historiography. To present our approach to this issue, we will first develop one of its most significant expressions: the already classic work *Probing the Limits of Representation: Nazism and the "Final Solution"*, compiled by Saul Friedlander in 1992, and we will analyze the proposals of some of the leading authors who participated in it. Then, we will address what we have called the "problem of the adequacy between event and representation", and we will establish our position on it. Finally, we will present some of the main conclusions that we derive in relation to the problems studied.

Keywords

Representation, Holocaust, historiography, theory of history, philosophy of history

* Este artículo fue elaborado en el marco de una Beca Post-Doctoral PICT, financiada por la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación (Argentina).

Introducción

La representación del Holocausto¹ en la historiografía ha sido y es objeto de disputas en torno a variadas cuestiones, especialmente, respecto a las interpretaciones sobre los orígenes de la “Solución Final”.² No obstante esas diferencias, ciertos textos históricos sobre estos eventos comparten, a nuestro entender, algunos problemas teóricos que no deben ser considerados como irresolubles, ni como motivo para menospreciar el rol fundamental de la disciplina en la construcción del conocimiento acerca de ellos. Por el contrario, creemos que los problemas teóricos deben ser entendidos y abordados como una oportunidad para avanzar en la sofisticación de los escritos históricos, no solo acerca del Holocausto, sino también sobre cualquier evento del pasado, de su estudio, y de la autoconciencia teórica de los/las historiadores/as que los producen. Un ejemplo paradigmático de problemas teóricos que pueden encontrarse en la historiografía del Holocausto es aquel que aquí denominaremos como el “problema de la adecuación entre evento y representación”. Esto es, la creencia de que puede y debe establecerse una correspondencia directa entre los eventos históricos y sus representaciones historiográficas; de que cada evento requiere una determinada forma-contenido para ser adecuadamente representado.

En este trabajo, para presentar nuestro enfoque acerca de estas cuestiones, primero, desarrollaremos una de las expresiones más significativas que la representación del Holocausto como problema tuvo en la historiografía: el ya clásico volumen de 1992, *Probing the Limits of Representation: Nazism and the “Final Solution”*, compilado por Saul Friedlander,³ [en adelante *Probing*] quien a su vez había organizado el coloquio de 1990 que le dio origen. Analizaremos entonces las propuestas de algunos de los autores que participaron en él, que marcaron hitos y fueron retomadas desde distintas disciplinas –como la literatura, la filosofía, el arte y, especialmente, el cine–, que se ocuparon de pensar y representar estos eventos hasta la actualidad. Luego, abordaremos el “problema de la adecuación entre evento y representación”, y estableceremos nuestro posicionamiento sobre éste –tomando algunos aportes de autores/as enmarcados/as en la “Nueva Filosofía de la Historia”⁴–, dado que conforma la base de las discusiones y tópicos que atraviesan las distintas ponderaciones de las representaciones historiográficas del Holocausto. Finalmente, presentaremos algunas de las principales conclusiones que derivamos en relación a las problemáticas estudiadas.

¹ El término “Holocausto” refiere aquí al resultado de la campaña genocida conducida por el Tercer Reich –el exterminio de los judíos europeos– mediante la implementación, durante la Segunda Guerra Mundial, del plan sistemático conocido como la “solución final de la cuestión judía”. Optamos por este término dada su utilización pública masiva, sin adoptar sus implicancias religiosas y/o políticas.

² Ian Kershaw, *La dictadura nazi: problemas y perspectivas de interpretación* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006).

³ Saul Friedlander, comp., *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final* (Buenos Aires: UNQui, 2007a).

⁴ Movimiento originado por la aparición en 1973 de *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* de Hayden White, que problematiza ciertos presupuestos epistemológicos de la historiografía académica y aspectos de su disciplinarización desde el último tercio del siglo XIX.

Revisitando el debate “en torno a los límites de la representación”

Una primera línea divisoria que podemos establecer a la hora de analizar el problema de la representación del Holocausto está dada por la existente entre, por un lado, el antiguo consenso que estipulaba la singularidad (*uniqueness*), irrepresentabilidad e incomprensibilidad de este evento, que tuvo su expresión quizás más conocida en el famoso *díctum* de Theodor Adorno, según el cual “luego de lo que pasó en el campo de Auschwitz es cosa bárbara escribir un poema”.⁵ Y por otro, el desafío a este consenso, a partir de fines de la década de 1980, desde dos perspectivas diferentes: las obras de microhistoria y los estudios de orientación posestructuralista, que difirieron respecto de su comprensión del concepto de verdad histórica, pero hicieron hincapié en la necesidad de métodos contextualistas de corto alcance para estudiar la aparición de la “Solución Final” y el desarrollo de su representación y memorialización desde 1945 en adelante. Este desafío conjunto tuvo como consecuencia, según Wulf Kansteiner, un cambio paradigmático en la percepción del Holocausto desde un “evento excepcional” a uno “ejemplar”, y se vio plasmado en distintas conferencias internacionales que condensaron los temas y métodos en torno a este cambio, discutidos en la historiografía, los estudios literarios y la filosofía, publicadas luego en diferentes volúmenes.⁶ Entre ellos, tomaremos y nos focalizaremos en el compilado por Friedlander ya mencionado, dado que expresó el primer y más profundo abordaje de la representación de este evento como problema en la historiografía. En él se reflexionó sobre si existe o no, o debe haber o no, una forma adecuada, legítima, de representar la “Solución Final” y el Holocausto; qué implica plantear la necesidad de poner límites a la representación de estos eventos, y cuáles (o cómo) serían o deberían ser esos límites y los criterios de su establecimiento. Todas estas cuestiones, señala Friedlander, son herederas de los desafíos que se han hecho cada vez más palpables como producto de una constante formulación y reformulación de la imagen de la era nazi:

Durante los años setenta del siglo XX, el cine y la literatura le abrieron paso a un cierto ‘nuevo discurso’. La historiografía siguió ese camino, y a mediados de la década de 1980 se vieron acaloradas disputas sobre las nuevas interpretaciones históricas de la Solución Final (de las cuales el caso más célebre fue el ‘debate de los historiadores’ alemanes), y en términos más generales, sobre la adecuada historización del nacionalsocialismo, es decir, de ‘Auschwitz’. En estos diversos ámbitos, surgieron nuevos relatos del nazismo y aparecieron nuevas formas de representación. Muchas veces parecían poner a prueba ciertas fronteras implícitas, planteando no sólo problemas estéticos e intelectuales, sino también morales.⁷

Los ensayos de *Probing* han sido clasificados por Friedlander en tres grandes grupos: 1) el que se ocupa principalmente de las cuestiones del relativismo histórico y de los límites de la representación historiográfica; 2) el que trata sobre la crítica ideológica: la crítica de la “ideología alemana” y de la “ideología occidental” en

⁵ Theodor Adorno, *Prismas. La crítica de la cultura y la sociedad* (Barcelona: Ariel, 1962), 29. Para otra variante de la idea de “*uniqueness*”, véase Steven Katz, “The ‘unique’ intentionality of the Holocaust”, *Modern Judaism*, [vol.] 1, 2 (1981), 161-183.

⁶ Wulf Kansteiner, “From Exception to Exemplum: The New Approach to Nazism and the ‘Final Solution’”, *History and Theory*, [vol.] 33, 2 (1994): 145-146, 145-171.

⁷ Saul Friedlander, “Introducción” a *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, comp. Saul Friedlander (Buenos Aires: UNQui, 2007b), 22.

relación a la época nazi; y 3) aquel que abarca desde problemas de la representación estética (literaria, poética y cinematográfica) hasta las complejidades de la apropiación de estos tipos de arte, el recuerdo de estos eventos y su lugar en la conciencia actual.⁸ Aquí atenderemos al primero de estos grupos, ya que trata específicamente la representación del Holocausto como un problema en sí mismo a abordar en la historiografía. Lo llamativo es que, desde entonces, muy pocos historiadores trabajaron este problema, y que la mayoría de los que lo hicieron en *Probing* no son especialistas en el tema. Incluso podría decirse que Friedlander fue uno de los pocos que manifestó, entonces y posteriormente, una posición más permeable y reflexiva.⁹ Esto nos hace pensar en cómo las propias prácticas convencionales de la historiografía restringen o excluyen la posibilidad de abordar este tipo de cuestiones.

El primer grupo de ensayos de *Probing* también puede dividirse en dos subgrupos: el del ensayo de Hayden White y el de los que discuten con él. En su mayoría, estos últimos tienen en común adjudicarle una posición “relativista” a White con respecto a su interpretación del “problema de la verdad” en el discurso historiográfico, y denunciar o concebir ese relativismo como peligroso y/o irresponsable cuando se trata de la representación de eventos como el Holocausto. A continuación, presentaremos entonces los aportes de White y luego los de algunos de los autores del segundo subgrupo,¹⁰ atendiendo sus propuestas sobre los límites de la representación historiográfica del Holocausto, y las posibles relaciones entre evento y representación.

En su contribución, White indaga acerca de cuál es el criterio que subyace en la elección de una representación historiográfica como más adecuada por sobre otras, y en la cuestión de la “relatividad irreductible” de los entramados históricos que representan cualquier fenómeno histórico. A la vez, analiza las implicancias de estas problemáticas en el abordaje y representación de la “Solución Final” y el Holocausto, partiendo de los siguientes interrogantes:

¿hay límites para el *tipo* de relato que se puede narrar de forma responsable sobre estos fenómenos? ¿Se *puede* entramar responsablemente estos acontecimientos con *alguno* de los modos, símbolos, tipos de trama y géneros con los que nuestra cultura cuenta para ‘darle sentido’ a hechos tan extremos del pasado? ¿O acaso el nazismo y la *Solución Final* pertenecen a una clase especial de eventos, de modo que, a diferencia incluso de la Revolución Francesa, la Guerra Civil norteamericana, la Revolución Rusa o la Gran Marcha china, hay que pensar que sólo expresan un relato posible, que sólo son entramables de una única manera, y que sólo poseen un cierto tipo de significado? En síntesis: ¿la índole del nazismo y la *Solución Final* fija límites definitivos a lo que puede decirse verazmente acerca de ellos?¹¹

⁸ *Ibid.*, 39.

⁹ La gran influencia que tuvo este debate en Saul Friedlander puede verse en su obra doble, *El Tercer Reich y los judíos. Los años de la persecución, 1933-1939* y *Los años del exterminio, 1939-1945* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016a y 2016b).

¹⁰ Por motivos de síntesis, solo analizaremos los textos de Friedlander, Browning y Ginzburg. Los de Anderson, Funkenstein y Jay no serán abordados, ya que presentan críticas similares al texto de White y retoman varias cuestiones planteadas por los otros autores.

¹¹ Hayden White, “El entramado histórico y el problema de la verdad”, en *En torno a los límites de la representación*, 69-70.

White aborda estas preguntas haciendo referencia a dos tipos de cuestiones que plantea Friedlander en su “Introducción” a la compilación, sobre las cuales luego va a asentar su posición: 1) “las cuestiones epistemológicas que plantea el problema de ‘los relatos *posibles* sobre la época nazi y la Solución Final’”; y 2) “las cuestiones éticas que plantean ‘las representaciones del nazismo [...] basadas en lo que solía ser [visto como] modos de entramado *inaceptables*’”.¹² Ante estos puntos, White señala, primero, que el conflicto entre “relatos *posibles*” tiene que ver menos con los hechos en cuestión que con los diversos sentidos narrativos que el entramado puede conferir a esos hechos.¹³ Por eso, las diferencias entre estos relatos son, para White, aquellas que se dan entre los modos de entramado que predominan en ellos, como por ejemplo las que puede haber entre uno cómico y otro trágico, y no con los hechos que han sido establecidos mediante el registro histórico. Y, segundo, con respecto a los “modos de entramado *inaceptables*”, llama la atención sobre que algunos de éstos, con el paso del tiempo, se han vuelto cada vez más comunes, por lo que han dejado de serlo. Para White, esto indica que se produjeron cambios en los parámetros de la moralidad y el gusto socialmente vigentes. Pero, también pregunta qué dice esta circunstancia sobre los motivos por los que deseáramos juzgar “inaceptable” una descripción narrativa del Tercer Reich y la “Solución Final”. En síntesis, lo que White sugiere es que, tanto la cuestión de los relatos “posibles” como la de los “inaceptables”, son problemas de índole ético-moral, y que el criterio que parece subyacer a la elección de determinadas formas como “aceptables” para representar estos eventos consiste en

distinguir entre un conjunto específico de ‘contenidos’ objetivos y una ‘forma’ específica de narración, aplicando la regla que estipula que un tema serio –como un asesinato en masa o un genocidio– requiere un género noble –como la épica o la tragedia– a la hora de ser adecuadamente representado.¹⁴

Estas ideas, vinculadas a las tesis sostenidas en *Metahistoria*,¹⁵ fueron criticadas por los otros historiadores de *Probing*. Luego, White continúa esta argumentación analizando ejemplos para mostrar cómo diferentes formas y entramados narrativos, sin violentar los hechos establecidos, dan lugar a diferentes sentidos sobre los eventos representados, que tienen implicancias éticas e ideológicas también diferentes: el entramado irónico y alegórico del comic *Maus* de Art Spiegelman y el entramado trágico del texto histórico *Dos clases de hundimiento: la destrucción del Imperio Alemán y el fin de la judería europea* de Andreas Hillgruber.

White analiza también la posición de Berel Lang, quien se opone a cualquier uso del genocidio como tema de escritos ficcionales y sostiene que sólo es válido realizar una crónica literal, si se quiere evitar el discurso figurativo, la estetización y los peligros de la narrativización que derivan en la distorsión de los hechos.¹⁶ White señala que, según Lang, la realidad aplastante y literalidad de este evento es lo que “*autoriza* a que los historiadores se esfuercen por representar los sucesos reales ‘directamente, [...] inmediatamente y sin alteraciones’ en un lenguaje depurado de metáforas, tropos y

¹² Hayden White, “El entramado histórico”, 70.

¹³ *Ibid.*, 71.

¹⁴ *Ibid.*, 74.

¹⁵ Hayden White, *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 2014).

¹⁶ Berel Lang, “La representación de los límites”, 456.

figuraciones”.¹⁷ White agrega que Lang también invoca el concepto de “escritura intransitiva” de Roland Barthes¹⁸ como modelo del tipo de discurso adecuado para discutir las cuestiones filosóficas y teóricas que se suscitan al reflexionar sobre el Holocausto, y que Lang recomienda explícitamente este modelo “para aquellos individuos judíos que, como ocurre al tener que narrar el relato del Éxodo en la Pascua, ‘deberían contar el relato del genocidio como si lo hubiesen vivido’, en un ejercicio de identificación especialmente judío por naturaleza”.¹⁹

Ante las propuestas de Lang, White llama la atención sobre las implicancias de entender la oposición entre discurso figurativo y literal como homóloga a la oposición entre discurso falso y verdadero. Para White, las objeciones que Lang realiza a las representaciones literarias del Holocausto también se podrían extender a cualquier tipo de historia narrativa, incluso historiográfica, es decir, a cualquier intento de representar el Holocausto como un relato, ya que cualquier relato posee una trama, “y si todo entramado es un tipo de figuración, entonces se deduce que toda narración del Holocausto, cualquiera sea su entramado, es culpable de los mismos cargos de los que cualquier representación meramente literaria debe ser culpable”.²⁰ No obstante, White rescata la propuesta de Lang de la “escritura intransitiva”. Considera que esta escritura podría pensarse como un modelo para toda representación del Holocausto, ya que puede ser útil para resolver muchos de los problemas que ésta plantea. White destaca que, aunque Lang no lo advirtió, Barthes utilizó la idea de escritura intransitiva para caracterizar las diferencias entre el estilo de la escritura modernista y el del realismo clásico decimonónico:

Lo que el modernismo ve, según lo presenta Barthes, no es sino un orden de la experiencia que está más allá (o antes) de lo que puede expresarse mediante los tipos de oposiciones que estamos obligados a trazar (entre acción y pasión, subjetividad y objetividad, literalidad y figuratividad, hecho y ficción, historia y mito, etcétera) en cualquier versión del realismo. Esto no significa que esas oposiciones no se puedan usar para representar algunas relaciones reales, sino que las relaciones entre las entidades designadas con términos polares bien pueden no ser de oposición en algunas experiencias del mundo.²¹

White llega así al punto donde cree que se asientan los principales problemas de la representación de las nuevas experiencias del siglo XX —entre las que el Holocausto es la más extrema—, las cuales son, para él, distintas de aquellas sobre las que versaba la escritura realista decimonónica:

el tipo de anomalías, enigmas y cabos sueltos que aparecen al analizar la representación del Holocausto son el producto de una concepción del discurso demasiado apegada a un realismo que resulta inadecuado para representar sucesos que son en sí de carácter ‘modernistas’, como el Holocausto.²²

¹⁷ Hayden White, “El entramado histórico”, 81.

¹⁸ Roland Barthes, “Escribir, ¿un verbo intransitivo?”, en Roland Barthes, *El Susurro del Lenguaje* (Barcelona: Paidós, 1987).

¹⁹ Hayden White, “El entramado histórico”, 83-84.

²⁰ *Ibid.*, 82.

²¹ *Ibid.*, 85.

²² *Ibid.*, 86.

Según White, los “acontecimientos modernistas” son una nueva clase de eventos, que emergieron en el siglo XX, ya que solo entonces fueron consagradas todas las implicaciones de la industrialización y sus efectos: hambrunas masivas, ciclos de crisis y auge económicos, contaminación ambiental, guerras mundiales y muertes masivas, producto de armas tecnológicas. Para White, la emergencia y proliferación de estos acontecimientos pusieron en cuestionamiento los modos decimonónicos de representar el pasado, ya que estos eventos, según él, “no se prestan a ser interpretados por medio de la narrativización”.²³ Por eso, señala que los “acontecimientos modernistas” conllevan una implicancia básica para la historiografía convencional: mediante su forma predominante –la narrativa realista decimonónica– ya no sería capaz de representar adecuadamente eventos de este tipo, dada su “naturaleza” específica, que requeriría otros modos de representación. Y de ahí el señalamiento de White sobre la necesidad de nuevas formas, incluso a través de otros medios como el cine y la literatura.²⁴

Por estos motivos, White propone como modo adecuado de representación de estos eventos la caracterización del “estilo literario modernista” realizada por Erich Auerbach²⁵ –similar a lo que Barthes y Jacques Derrida llamaron el estilo de la “voz media”–, por poseer rasgos que darían cuenta apropiadamente de su “naturaleza”. White señala que la definición que Auerbach nos ofrece del modernismo literario no indica que la historia ya no se ve representada en forma realista, sino que las concepciones de historia y de realismo cambiaron:

el modernismo aún procura representar la realidad ‘realísticamente’, y sigue identificando realidad con historia. Sólo que la historia a la que se enfrenta ya no es la historia que viera el realismo del siglo XIX. Y eso se debe a que el orden social que es el sujeto de esa historia ha padecido una transformación radical [...]. El modernismo literario fue un producto del empeño por representar una realidad histórica para la que los viejos modos realistas de representación resultaban inadecuados, estando, como estaban, basados en diferentes experiencias de la historia, o mejor dicho, en experiencias de una ‘historia’ diferente.²⁶

Entonces, la conceptualización del Holocausto como “acontecimiento modernista” menosprecia o rechaza como inadecuadas las formas en que eventos de este tipo fueron representados en la mayoría de los textos historiográficos, dada la predominancia en ellos de su “narrativización”. Porque no alcanzaría con describir el horror, si la narración expresa linealidad, causalidad y clausura, y no el carácter traumático de estos eventos. Por eso, para White, los/as historiadores/as podríamos tomar del estilo literario modernista las herramientas representacionales que precisamos para dar cuenta

²³ Hayden White, *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica* (Buenos Aires: Prometeo, 2010), 154.

²⁴ Gilda Bevilacqua, “A propósito de *La lista de Schindler* (Steven Spielberg, 1993): una revisión del ‘desafío’ del cine a la historiografía moderna”, *Imagofagia*, 9 (2014): 4 (1-31). Para un desarrollo sobre la representación cinematográfica del Holocausto, véase Gilda Bevilacqua, “Hacia la ‘operación histórico-cinematográfica’: el cine del Holocausto en la construcción del conocimiento histórico”, *Revista Brasileira de História*, [vol.] 42, 89 (2022), 239-261.

²⁵ Erich Auerbach, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental* (Buenos Aires: FCE, 2014), 493-521.

²⁶ Hayden White, “El entramado histórico”, 88-89.

adecuadamente de estos eventos traumáticos, que asimismo exceden, según él, la capacidad racional de comprensión y explicación.²⁷

Pasemos ahora al segundo subgrupo que hemos delineado alrededor de las contribuciones de Friedlander, Browning y Ginzburg a *Probing*. En su Introducción, Friedlander es crítico de lo que entiende como el “relativismo histórico” que adjudica, por ejemplo, a las ideas vertidas por White en su ensayo. Friedlander sostiene que el exterminio de los judíos de Europa “hace que los teóricos del relativismo histórico tengan que enfrentarse a los corolarios surgidos de posturas muy ligeramente asumidas en términos abstractos”,²⁸ corolarios tales como el supuesto usufructo de sus posturas por parte de los negacionistas. Para el autor, el Holocausto es tan representable e interpretable como cualquier otro evento, solo con la diferencia de que en este caso tratamos con un “suceso límite”, que pone a prueba nuestras categorías tradicionales de conceptualización y representación. Frente a este diagnóstico, plantea las dos cuestiones sobre los relatos “posibles” y los “inaceptables” –citadas por White–, y sostiene que, ante el esfuerzo de los perpetradores por borrar todos los rastros de sus crímenes, la obligación de registrar el pasado es apremiante, pero que este registro no debe ser distorsionado o banalizado por representaciones groseramente inapropiadas. Friedlander sugiere entonces que cierta pretensión de “verdad” deber ser imperativa, y que la representación tiene límites que no se deberían trasgredir, pero que pueden ser fácilmente trasgredidos. Esto implica, para él, la necesidad de contar con lo que llama una “estabilización” de los relatos sobre estos eventos: un cierto “relato maestro”, “estable”, como límite; aunque no pueda, aún, definir sus componentes necesarios. Por eso, señala que el dilema no es el de la trasgresión grosera (el negacionismo), sino que el criterio refractario parece ser una especie de incomodidad, dado que este problema “no es ni estrictamente científico ni manifiestamente ideológico: no se puede definir con exactitud qué es lo que está mal en una cierta representación de los hechos, pero (...) se nota cuando una interpretación o representación está equivocada”.²⁹

Ante este dilema, Friedlander plantea tres cuestiones en torno al problema de la representación de estos eventos: 1) problemas de límites (excedidos reprochablemente, según el autor), que han aparecido como producto de la aplicación de la estética posmoderna en el tratamiento del nazismo y el Holocausto en el cine; 2) el rechazo del pensamiento posmoderno de la posibilidad de identificar una realidad o una verdad estable más allá de la constante polisemia y autorreferencialidad de las construcciones lingüísticas, que supone el desafío de establecer las realidades y las verdades del Holocausto; y 3) el hecho de que la “Solución Final” es lo que permite que el pensamiento posmoderno cuestione la validez de cualquier visión totalizadora de la historia, de cualquier referencia a un metadiscurso definible, abriéndole paso a una multiplicidad de abordajes igualmente válidos. Pero, para el autor, esa multiplicidad es justamente lo que “puede llevar a cualquier fantasía estética, lo que a su vez se opone a la necesidad de establecer una verdad estable en lo que se refiere a ese pasado”.³⁰ Estos tres puntos, principalmente el último, expresan el modo crítico en que el autor entiende el posmodernismo, en el que incluye a White.

²⁷ Gilda Bevilacqua, “A propósito de *La lista de Schindler*”, 4-5.

²⁸ Saul Friedlander, “Introducción”, 23.

²⁹ *Ibid.*, 24.

³⁰ *Ibid.*, 26.

Para Friedlander, si bien White admitió “tanto los transparentes horrores del fascismo como el dilema que surge de su relativismo extremo, nunca ofreció solución alguna antes de intentar asumir una posición comprometida en este libro”.³¹ Así, la postura de White en esta compilación parece ser, según Friedlander, “una búsqueda de compromiso, una forma de escapar a los corolarios y connotaciones más extremos de su relativismo”.³² Para el autor, las tesis de White resultan insostenibles cuando se consideran en este contexto de discusión, por lo cual pregunta y responde:

¿qué habría pasado si los nazis hubieran ganado la guerra? Sin duda, habría habido una plétora de entramados pastorales sobre la vida en el Tercer Reich y de entramados cómicos sobre la desaparición de sus víctimas, sobre todo los judíos. En este caso, ¿cómo definiría White, que claramente rechaza toda visión revisionista del Holocausto, un criterio epistemológico para refutar la interpretación cómica de los hechos sin aludir a la ‘efectividad política’?³³

Hasta aquí vemos que el autor no contempla la idea de “responsabilidad cognoscitiva”³⁴ que atraviesa los planteos de White sobre la escritura histórica en general y de estos eventos en particular, ni tampoco la importancia y rol que le adjudica a los criterios éticos y morales en las selecciones entre las diversas narrativas contrapuestas. Friedlander plantea también que el énfasis de White en la búsqueda de una voz adecuada (la “voz media”) para representar acontecimientos como el Holocausto lleva a una conclusión que para él es bastante evidente: “*es la realidad y el significado de las catástrofes modernas lo que engendra la búsqueda de una nueva voz y no el uso de una voz específica lo que construye el significado de tales catástrofes*”.³⁵ Así, Friedlander también pone el foco en la posibilidad de la correspondencia o adecuación entre evento y representación, que cuestionaremos más adelante. Y concluye haciendo propias las palabras de Pierre Vidal-Naquet sobre el carácter “irreductible” de “la realidad”, sin la cual, pregunta este último, “¿cómo podríamos distinguir entre ficción e historia?”. A lo cual Friedlander agrega: “¿cómo no vamos a querer determinar la diferencia entre ficción e historia cuando se trata de acontecimientos extremos como la Shoá?”.³⁶ Aquí vemos cómo esta distinción ha sido subsumida en aquellas diferenciaciones entre lo inventado y lo real, entre lo falso y lo verdadero, como si la ficción no pudiera buscar la verdad y hablar de la realidad, y como si no formara parte de la construcción de esta última.

En su ensayo, Browning presenta un breve relato sobre la historia de un día –13 de julio de 1942– del Batallón Policial (alemán) de Reserva 101 que fusiló a centenares de judíos en Jozefow (Polonia), mediante el cual quiere mostrar las dificultades y los límites con los que cualquier investigador/a se puede topar al elaborar una narración de

³¹ *Ibid.*, 29.

³² *Ibid.*, 32.

³³ *Ibid.*, 33. Friedlander hace referencia aquí a Hayden White, “La política de la interpretación histórica: disciplina y desublimación”, en Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, (Buenos Aires: Paidós, 1992), texto en el que White discute ideas sostenidas por Pierre Vidal-Naquet, *Los asesinos de la memoria* (México: Siglo XXI, 1994).

³⁴ White utiliza esta noción “para distinguir entre los sistemas filosóficos comprometidos con la defensa racional de su hipótesis del mundo y los no comprometidos”, Hayden White, *Metahistoria*, 33.

³⁵ Saul Friedlander, “Introducción”, 33.

³⁶ *Ibid.*, 45.

este tipo. Para empezar, Browning señala que los/as historiadores/as, ante la magnitud del Holocausto, se han enfocado en uno de los tres grupos principales que lo vivieron de distintas formas: los/as perpetradores/as, las víctimas y los/as espectadores/as; y aclara que él se limitará a los problemas particulares de escribir la historia del primer grupo. Por eso, marca la necesidad de desarrollar “un renovado estudio de los ‘asesinos’, los ‘hombrecitos’ que estaban en el fondo de la jerarquía de la ‘maquinaria de destrucción’ y que llevaron personalmente a cabo los millones de ejecuciones”.³⁷ Entre las dificultades para realizar este estudio, advierte que la primera y más básica es la de las fuentes, dado que casi no hay registros documentales sobre el Batallón 101, no ha quedado ni un solo sobreviviente de Jozefow y los ejecutores no habían dejado testimonios voluntarios, hasta que obligadamente tuvieron que hacerlo, cuando Alemania Occidental abrió una investigación en 1960. Browning advierte entonces que cualquier historiador/a, ante la lectura sobre los hechos vividos por 125 personas distintas y más de 25 años después, “se encuentra inevitablemente con el efecto *Rashomon* de perspectivas múltiples y memorias múltiples en frenética confusión”.³⁸ Ante estas dificultades, propone la “descripción densa”, característica de la microhistoria y de la historia de la vida cotidiana, según la cual la descripción precisa y la masa misma de hechos verificables determinarían la interpretación global y no al revés.

Browning plantea además que estas dificultades son cruciales cuando lo que está en juego es la historia del Holocausto, y pregunta: “si se puede escribir una cierta cantidad de historias ‘válidas’ sobre aquel día en Jozefow (o sobre cualquier otro aspecto del Holocausto), ¿cualquier versión de lo sucedido aquel día (o de cualquier otro suceso del Holocausto) es válida?”.³⁹ Para pensar esto, pone como ejemplo las declaraciones de lo que llama “revisiónismo neonazi”. En particular, aquella que sostiene que la negación de la ocurrencia de este evento es tan históricamente válida como cualquier declaración en sentido contrario, ya que, según estos “revisiónistas”, no existe ni un mínimo de hechos históricos incontrovertibles. Por eso, Browning también pregunta: “¿por dónde pasa la raya entre las historias válidas pero divergentes y las no válidas –o pseudo historias– para los historiadores?”.⁴⁰ Así, en sintonía con Friedlander, retoma a White señalando que, si bien este último “denuncia la idea misma de negar el Holocausto por ser ‘tan moralmente ofensiva como intelectualmente confusa’”, también “rechaza seguidamente la concepción de una metodología histórica ‘objetiva’, se opone a la idea de invalidar la historia apelando a la deformación ideológica, y termina declarando que el estudio de la historia ‘nunca es inocente’”.⁴¹ Pero, según Browning, White también acepta una distinción teórica entre las interpretaciones que niegan la realidad de los sucesos que abordan y las que extraen conclusiones distintas sobre sucesos cuya realidad es verificable al nivel de la “indagación histórica positiva”. Frente a estas posiciones de White que considera poco claras, Browning señala que le intriga

³⁷ Christopher Browning, “Memoria alemana, interrogación judicial y reconstrucción histórica: escritura de la historia de los autores a partir del testimonio de posguerra”, en *En torno a los límites de la representación*, 54.

³⁸ Christopher Browning, “Memoria alemana”, 56. Aquí Browning hace referencia al efecto que genera el relato del film *Rashomon* (Akira Kurosawa, 1950).

³⁹ *Ibid.*, 59.

⁴⁰ *Ibid.*, 60.

⁴¹ *Ibid.*, 60-61. Browning se refiere al mismo ensayo de White que Friedlander cuestiona.

“cómo es que la ‘indagación histórica positiva’ difiere de la ‘metodología histórica objetiva’ que White achaca a otros, tales como Pierre Vidal-Naquet o Lucy Dawidowicz”.⁴² Por eso, Browning también se pregunta: “¿hay acaso una metodología científica o positivista que pueda trazar fronteras absolutas en este terreno?”.⁴³ Ante esto, responde que, si bien los casos arquetípicos son obvios, no conoce un método directo para definir los casos fronterizos.⁴⁴

Browning concluye que, si bien su historia del Batallón 101 puede ser pensada como sólo una entre otras válidas que se podrían escribir, y que, si bien el trazado de límites para una historia “inválida” sigue quedando incómodamente no resuelto, una cuestión muy distinta es si su historia debería ser o no escrita. Así, llama la atención sobre otros dos problemas: el de los méritos y peligros de la historia de la vida cotidiana (*Alltagsgeschichte*); y el de la conveniencia (o no) de sentir empatía al escribir esa o cualquier otra historia de los/as perpetradores/as.⁴⁵ Sobre el primero, sostiene que “no hay nada que sea inherente a la metodología de la *Alltagsgeschichte* que necesariamente atenúe la posición central del Holocausto en la historia de la Alemania nazi”. Por el contrario, cree que este método es el mejor “para revelar cuán integrado estaba el crimen en masa a las vidas del personal alemán destacado en la Europa oriental bajo ocupación”.⁴⁶ Sobre el segundo problema, Browning plantea que queda claro que escribir su historia del Batallón 101 implica “un rechazo de la demonización” y que eso conlleva admitir “un intento de comprensión empática”. Es decir, admitir que en una situación semejante uno podría haber sido un asesino o un evasor de la orden de masacrar, si es que se pretende explicar el comportamiento de ambos tipos de personas. Pero, lo que no acepta son “los viejos clichés de que explicar es disculpar, de que comprender es perdonar”.⁴⁷

Por último, Ginzburg también comienza su ensayo con tres breves relatos, esta vez, sobre la persecución de los judíos en el Medioevo que, para él, tienen una similitud de contenido con el tema principal de *Probing* –el exterminio de los judíos europeos en el s. XX–, y con las cuestiones teóricas involucradas en ambos casos históricos. Por eso, utiliza dichos relatos como ejemplo de lo que considera el punto teórico central a discutir: la cuestión de las pruebas en el ámbito de la investigación histórica. Llama la atención así sobre el hecho de que, en los tres casos relatados sobre la persecución de los judíos en el Medioevo, lo que sabemos acerca de ellos se basa en un único testigo, respectivamente. Ante esto, pregunta qué pasaría si la exclusión del testigo único (la máxima “testigo único, testigo nulo”), formalizada legalmente por Constantino, se aplicara en la investigación histórica. Para Ginzburg, ningún historiador/a descartaría esta evidencia como inadmisibles. Así, marca la diferencia entre la ley y la historia, señalando que, al tener reglas y cimientos epistemológicos distintos, “no se pueden transferir sólidamente los principios legales a la investigación histórica”.⁴⁸ Pero, a la vez, también llama la atención en que, si bien muchos/as historiadores/as

⁴² *Ibid.*, 61.

⁴³ *Ibid.*, 62.

⁴⁴ *Ibid.*, 63.

⁴⁵ *Ibid.*, 64.

⁴⁶ *Ibid.*, 65.

⁴⁷ *Ibid.*, 66.

⁴⁸ Carlo Ginzburg, “Sólo un testigo”, en *En torno a los límites de la representación*, 138.

contemporáneos/as “reaccionarían con cierto bochorno al crucial concepto de *preuves* (‘pruebas’), “algunas recientes discusiones muestran que no se puede descartar tan fácilmente la conexión entre pruebas, verdad e historia”.⁴⁹

Entre esas discusiones, Ginzburg menciona la que llevó adelante Vidal-Naquet contra los negacionistas, ya mencionada, y la que este mismo autor planteó a Michel de Certeau y su obra *La escritura de la historia*. Ginzburg retoma la postura de Vidal-Naquet señalando que, si bien el libro de de Certeau fue importante (porque contribuyó a dismantelar la inocencia de los/as historiadores/as respecto de sus prácticas), nunca deberíamos dejar de lado “la vieja idea de ‘realidad’ en tanto ‘justamente lo que ocurrió’, como lo dijera Ranke un siglo atrás”.⁵⁰ Y cita en extenso las mismas palabras de Vidal-Naquet que Friedlander también hace propias en su “Introducción”:

yo [Vidal-Naquet] estaba convencido de que ya había un discurso sobre las cámaras de gas, de que todo había de pasar por lo que se dice (...); pero más allá de eso, o antes de eso, seguía habiendo algo irreductible, que para bien o para mal yo seguía llamando ‘la realidad’. Sin ella, ¿cómo podríamos distinguir entre ficción e historia?⁵¹

Ginzburg también adopta esta pregunta por la diferencia entre historia y ficción, e introduce así también a White en la discusión, sosteniendo que la posición de éste sólo se entiende y debe ponderarse en el marco de su desarrollo intelectual. Entonces, realiza una extensa digresión acerca de la valoración inicial de White sobre la obra de Benedetto Croce, y las influencias que tanto este último como Giovanni Gentile tuvieron en su formación. Para Ginzburg, el elemento más cuestionable del derrotero intelectual de White es el papel de Gentile⁵² y, seguidamente, destaca la “cercana relación de Gentile con el fascismo”.⁵³ En consecuencia, entendemos que los vínculos “teóricos” establecidos previamente por el autor entre White y Gentile quedan ahora bajo el tamiz de una argumentación *ad hominem* en contra de White. Aunque Ginzburg dice separar la “contigüidad teórica” que establece entre ambos de sus respectivas posiciones políticas, señalando que Gentile “nunca fue un relativista”,⁵⁴ no dice que White nunca fue un fascista. Así, su mirada crítica sobre White se asienta en una supuesta correspondencia teórica entre éste y Gentile y en la supuesta consecuencia similar que tendría la postura relativista de ambos, que allanaría el camino a los negacionistas. Para Ginzburg, al discutir la interpretación que Robert Faurisson hace del exterminio judío, el criterio que White sugiere –según el cual juzgar la validez de las distintas interpretaciones históricas– es el de la “efectividad”.⁵⁵ Para demostrarlo, Ginzburg presenta la posición que le adjudica a White frente a lo sostenido por Vidal-Naquet en sus ensayos contra los negacionistas:

La interpretación histórica sionista del Holocausto, dice White, no es una *contre-vérité* (como lo propuso Vidal-Naquet), sino una verdad: ‘su verdad, en tanto interpretación histórica, consiste precisamente en su *efectividad* para justificar un amplio espectro de políticas israelíes vigentes que, desde el punto de vista de quienes las articulan, son

⁴⁹ *Ibid.*, 139.

⁵⁰ *Ibid.*, 139.

⁵¹ *Ibid.*, 140.

⁵² Aunque el propio Ginzburg reconoce que White nunca analizó a Gentile.

⁵³ *Ibid.*, 146.

⁵⁴ *Ibid.*, 149.

⁵⁵ *Ibid.*, 150.

cruciales para la seguridad –y de hecho para la existencia misma– del pueblo judío’ [...] De esto concluimos que si el relato de Faurisson alguna vez llega a ser *efectivo*, White también lo consideraría verdadero.⁵⁶

Aquí Ginzburg tampoco advierte lo que ya adelantamos sobre la idea-noción de “responsabilidad cognoscitiva”: para White, no todo relato sobre el Holocausto (o sobre cualquier evento histórico) es válido, sino sólo los “cognoscitivamente responsables”. Justamente, este límite en torno a los relatos válidos sobre este evento es el motivo por el cual el relato de Faurisson y el de cualquiera de los revisionistas-negacionistas nunca podrían ser entendidos por White ni como efectivos, ni como verdaderos, porque de hecho no entran dentro de los relatos históricos admisibles, pasibles de ser ponderados y analizados, ya que claramente no son “cognoscitivamente responsables”; un aspecto fundamental de la obra de White sobre el escrito histórico, que Ginzburg y otros críticos siempre omiten.⁵⁷

Finalmente, Ginzburg retoma los tres relatos de testigos únicos de la persecución de judíos durante el Medievo para ilustrar su propio posicionamiento respecto del problema de la verdad en la investigación histórica y, en particular, en el caso del problema de la representación historiográfica del Holocausto. Para el autor, el límite principal ya estaría dado por la voz de “un solo testigo”, que sería aquello que nos da acceso al dominio de la realidad histórica. Y por eso, ante la afirmación de Jean-François Lyotard según la cual “el nombre de Auschwitz marca los confines en los que el conocimiento histórico ve impugnada su competencia”, Ginzburg rescata la voz de Primo Levi y la necesidad de contarle su historia –la de las víctimas sobrevivientes– al resto del mundo como un impulso vital, básico, antes y después de que los liberaran. Y así concluye que, “como lo ha mostrado Benveniste, entre las palabras latinas que significan ‘testigo’ está *superstes*, sobreviviente”.⁵⁸

El problema de la adecuación entre evento y representación

En lo expuesto previamente, se pueden advertir tres grandes ejes interpretativos en torno al problema de la representación del Holocausto, que tienen en común mostrar la dificultad de sugerir un modo único de abordarlo y representarlo definitivamente y las vacilaciones que surgen al respecto en las distintas posturas. El primer eje se expresa en la idea de que este evento *no se puede* representar (por imposibilidad ontológica); el segundo, en la de que *no se debe* representar (por respeto a las víctimas y/o para no distorsionar); y el tercero, en la que sostiene que *se puede* representar y, en algunos casos, con el agregado de que *debe* ser representado (para evitar el olvido y la repetición). A su vez, en este último eje se vislumbran dos grandes posicionamientos.

⁵⁶ *Ibid.*, 151. Ginzburg toma estos fragmentos también del ensayo de White cuestionado por Friedlander y Browning.

⁵⁷ Omar Murad, *Desafíos del discurso de la memoria al conocimiento histórico. Consecuencias epistemológicas y ético-políticas de la Filosofía modernista de la historia de Hayden White* (Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires, 2016), 204-209; Robert Doran, “*Metahistoria* y la ética de la historiografía”, en *Hayden White: Cuarenta años de Metahistoria. Del “pasado histórico” al “pasado práctico”*, comps. Verónica Tozzi y Julio Benvivoglio (Buenos Aires: Prometeo, 2016), 196-200.

⁵⁸ Carlo Ginzburg, “Sólo un testigo”, 155-156.

Uno, quizás el más extendido, sostiene que hay modos más adecuados que otros para representar el Holocausto (en el medio que sea), que entiende “lo adecuado” o “más adecuado” como “adecuación” (más o menos, mejor o peor lograda) en términos de una correspondencia más o menos directa entre el evento y su representación. Por ejemplo, mediante las propuestas de los autores presentados respecto de cuál debería ser la estrategia-forma representacional a adoptar: la crónica literal (Lang), el estilo literario modernista (White), el relato estable (Friedlander), la descripción densa (Browning), lo testimonial (Ginzburg). Así, lo que tienen en común estas propuestas, además de la idea de “adecuación”, son las distinciones binarias entre forma-contenido, lenguaje-mundo, ficción-historia, en definitiva, entre lenguaje y realidad.

El otro posicionamiento implica considerar que lo que se concibe como representación “adecuada” del Holocausto ha variado históricamente en sintonía con el desarrollo del “discurso social” hegemónico,⁵⁹ en el cual, durante cada etapa, primaron ciertas nociones, puntos de vista, ideas que expresaron qué conformó “lo dicho”, “lo decible”, “lo pensable” y “lo imaginable” en cada una de ellas. Desarrollo que tuvo, a su vez, incidencia en los modos de construcción del conocimiento histórico sobre este evento. Por estos motivos, entendemos que el problema de la representación del Holocausto no se soluciona, por ejemplo, oponiendo simplemente “una memoria seria enfrentada a una trivial, de manera análoga a lo que a veces hacen los historiadores cuando oponen historia a memoria *tout court*, memoria en tanto cosas subjetivas y triviales que sólo el historiador transforma en un asunto serio”.⁶⁰ Así, podemos percibir que la perspectiva que sostiene la posibilidad de una adecuación o correspondencia entre evento y representación nos plantea un problema fundamental: partiendo de ella, en la historiografía se relegan ciertas representaciones evaluadas como *no válidas* (para abordar los eventos que representan) por ser consideradas *no adecuadas*. Por ejemplo, algunas de las formas cuestionadas y/o desechadas han sido los melodramas, los dramas clásicos o tradicionales, las comedias, las sátiras, entre otras. La mayoría de los/as autores/as que las han relegado lo hicieron por entenderlas como no adecuadas para representar el Holocausto, por motivos que variaban según las épocas.⁶¹

Por otra parte, al analizar la propuesta de White de representar este evento *adecuadamente* mediante el estilo modernista, encontramos que su afirmación acerca de que este tipo de eventos son “en sí modernistas” es problemática y, como veremos, contradice las tesis de *Metahistoria*, ya que, si los eventos no son trágicos, cómicos, etc., *per se*, tampoco deberían ser modernistas. Por eso, consideramos que este problema teórico también se expresa en las propuestas de los autores que analizamos previamente, que plantean distintos modos de adecuar correctamente evento y representación. Además, consideramos que, si los eventos no son en sí mismos de ninguna de las formas mencionadas, tampoco lo son en sí singulares (o no), ya que entendemos la idea de *uniqueness* como una de las figuraciones existentes del Holocausto, y no como esencia, carácter o naturaleza *per se* del evento. Para desarrollar

⁵⁹ Marc Angenot, *El discurso social: los límites históricos de lo pensable y lo decible* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2010).

⁶⁰ Andreas Huyssen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización* (Buenos Aires: FCE, 2007), 25.

⁶¹ Por ejemplo, mediante las críticas de estetización, narrativización, trivialización-banalización, americanización, comercialización, etc.

estas cuestiones, presentaremos algunas ideas de autores/as que trabajaron profundamente la obra de White, que aportaron las bases de las conclusiones a las que hemos arribado sobre este problema teórico fundamental.

Verónica Tozzi Thompson señala que White recomienda imitar el estilo modernista como un modo de evitar distorsionar la persistente experiencia de perplejidad y sinsentido de las víctimas acerca de lo que les sucedió.⁶² Y realiza algunas observaciones sobre esta recomendación de gran utilidad para nuestro posicionamiento. Por un lado, sostiene que, si el tono de duda y perplejidad no se traduce en preguntas que inspiren volver a estos eventos para pensarlos dialógicamente de otra manera, nos arriesgamos a cometer el pecado que se quería evitar. Es decir, habilitar que estos eventos puedan quedar en el olvido “al no solo no promover sino literalmente clausurar la reescritura histórica, única manera de mantener abiertas las preguntas que nos obliguen a volver a dichos sucesos”.⁶³ Además, la autora sostiene que, si la historia se ocupa también de lo contingente, del cambio, las fragmentaciones, las discontinuidades, y reconoce que la propia perspectiva desde la que mira el pasado es contingente y cambiante, no puede esperarse que ninguna perspectiva nos oriente privilegiadamente en la producción y elección de representaciones. Y concluye que es justamente la promesa incumplida de representación definitiva lo que habilita nuevas vías de investigación, nuevas discusiones y, quizás, nuevas reescrituras del pasado.⁶⁴ Nos sugiere así la posibilidad de que las distintas representaciones del Holocausto en diálogo nos puedan servir como un modo de evitar la clausura de las indagaciones y que se abran, de este modo, las puertas al olvido.

Tozzi Thompson también señala que no resulta clara la base de la reiterada afirmación de White de que ciertas experiencias históricas requieren ser narradas de determinada forma, y pregunta: “¿cómo conciliar esta exigencia con su insistencia en que la narrativa nunca es otra cosa que una operación regida por las reglas del discurso?”.⁶⁵ Para la autora, las propuestas de White sobre el acontecimiento modernista podrían entenderse como contradictorias con sus desarrollos previos, especialmente por haber sostenido que, “dada la naturaleza esencialmente tropológica (es, decir, figurativa) de la historiografía, cualquier acontecimiento histórico puede ser tramado de diferentes maneras y ningún género o forma de tramar sustentaría el privilegio con respecto a la verdad”.⁶⁶ Aunque también señala que las propuestas de White podrían adquirir plausibilidad “una vez que constatemos que su apelación a la novela modernista no pretende ir más allá de su negación a identificar o reducir la historiografía al trabajo con la evidencia documental y la autenticación de la información provista por ella”, dado que “declarar que podemos superar historizaciones autoritarias a través de decisiones estéticas (...) no deja de ser controvertible”.⁶⁷ A su vez, la autora también sostiene que las mezclas de estilos y géneros de las novelas históricas posmodernas

⁶² Verónica Tozzi, *La historia según la nueva filosofía de la historia* (Buenos Aires: Prometeo, 2009), 131-132.

⁶³ *Ibid.*, 132.

⁶⁴ *Ibid.*, 133.

⁶⁵ Verónica Tozzi, “Introducción” a White, Hayde, *El texto histórico como artefacto literario* (Buenos Aires: Paidós, 2003), 32.

⁶⁶ *Ibid.*, 40.

⁶⁷ *Ibid.*, 40-41.

descriptas por White “no nos hablan tanto de lo inasible histórico, de lo sublime, de lo incomprendible, sino del carácter disputado, disputable y no definitivo de toda comprensión”.⁶⁸

Para Nicolás Lavagnino, las propuestas de White relativas al estilo modernista también conllevan lo que entiende como una “suerte de tesis implícita de la correspondencia entre vehículos representacionales y órdenes de experiencia”. Para el autor, el problema “no es la supuesta continuidad o discontinuidad de la experiencia, sino la idea misma de un vehículo que deba corresponderle”.⁶⁹ Y denomina la estrategia del modernismo como “parentética”: es decir,

como orientada puntualmente a la posposición de la instauración de un basamento desde el cual operativizar un sentido dado de realidad. La idea no es negar realidad alguna, sino profundizar cualquier concepto que podamos tener de ella, concepto sobre la base del cual es que se erigen habitualmente otras empresas cognitivas que lo toman como un sustrato no disputado, un punto de partida metodológicamente necesario.⁷⁰

Lavagnino advierte entonces que el aparente trascender las dicotomías de la escritura modernista no es más que un paréntesis que “da por supuesto aquello sobre lo que se propone trabajar: la figura de la *discontinuidad esencial* en la línea temporal”.⁷¹ Así, acuerda con el interés de este paréntesis en particular, pero no con que signifique algo cualitativamente distinto respecto de otras tecnologías parentéticas disponibles precedentemente. Para el autor, cuando una nueva “tecnología de la palabra” aparece, las otras no necesariamente desaparecen, las podemos emplear subsidiaria y complementariamente, y por lo general unas se contienen y se interrelacionan. Esto da cuenta de una “suerte de acumulación de tecnologías y modos de producción y reproducción verbal”, que enriquece “nuestra dotación cultural disponible”, mediante la cual podemos “volvemos más sensibles al mobiliario cambiante del mundo”, incluyendo el verbal.⁷² Así, la estrategia parentética modernista sería tan solo una más dentro de nuestra dotación cultural disponible, ya que “la manera en la que representamos se vincula con la manera en la que modelizamos los patrones de intervención posibles en nuestro presente”.⁷³

Por último, Hans Kellner señala que White y Lang, para preservar las representaciones “responsables” y “apropiadas” del Holocausto, ven la clave en mantener un discurso restringido ante este evento. Así, sus defensas de la escritura intransitiva y la literalidad, respectivamente, expresan que “algo debe ser silenciado, y cada uno concibe ese algo como una forma de uso del lenguaje”.⁷⁴ Kellner sugiere que el deseo genuino de White de proteger una cierta imagen del Holocausto –frente a lo

⁶⁸ Verónica Tozzi, “La figuralidad abierta de la ‘literatura testimonial’ en la Argentina posdictadura”, en *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*, comps. Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino (Buenos Aires: EDUNTREF, 2012), 130.

⁶⁹ Nicolás Lavagnino, “Entre Caín y Prometeo: Hayden White y la representación del pasado reciente en la Argentina posdictadura”, en *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*, 202.

⁷⁰ Nicolás Lavagnino, “Entre Caín y Prometeo”, 196.

⁷¹ *Ibid.*, 199.

⁷² *Ibid.*, 199-200.

⁷³ *Ibid.*, 202.

⁷⁴ Hans Kellner, “‘Never Again’ is Now”, *History and Theory*, [vol.] 33, 2 (1994): 132-133 (127-144).

que comprende como las limitaciones de la historia profesional y su insuficiencia como fuerza conmemorativa— sería lo que lo impulsa a proponer los enormes autocontroles de la escritura en voz media como adecuados para la representación del evento. Sin embargo, Kellner advierte que ésta no es la razón que declara White, sino que, para este último, fueron algunos cambios sociales e institucionales en la modernidad los que hicieron que este modo de escritura (modernista) fuera el apropiado para ciertos tipos de temas, como el del Holocausto. Según Kellner, esta idea implica que en cada época existiría un lenguaje de traducción mediante el cual los eventos podrían convertirse en un discurso responsable. Pero, también advierte que *Metahistoria* “niega efectivamente esta posibilidad, señalando las ‘afinidades electivas’ solo entre las opciones discursivas, pero no entre esas opciones y algo fuera del discurso”. Además, Kellner sostiene que, “si bien uno podría llamar a un evento ‘modernista’, siguiendo la tendencia posmoderna de estetizar la historia, seguramente es un error llamar a un evento modernista por ‘naturaleza’”.⁷⁵ Sobre la propuesta de Lang, considera que parte de ideas erróneas, ya que una crónica es el resultado de una narración preexistente, no el origen de tal narrativa, y depende siempre de narraciones previas que nos dicen qué hechos son correctos y cuáles no.⁷⁶

Al mismo tiempo, Kellner señala que incluso las dificultades para nombrar el evento apuntan al problema en cuestión: “Holocausto”, “Solución Final”, “Shoah”, etc., son todos términos figurativos, imaginativos, literarios. La larga lista de nombres indica que hay demasiadas representaciones posibles y competitivas. Además, para el autor, no hay forma de probar si el Holocausto requiere una cierta forma de discurso, a la vez que tal idea va en contra del proyecto de White en *Metahistoria*, como también sugiere Tozzi Thompson. Por esta razón, Kellner atribuye a un “acto de voluntad”, tanto la defensa de White de una voz media que borra el sujeto, como el llamado de Lang para una crónica no figurada de los eventos.⁷⁷ Y plantea que no hay que perder de vista que cualquier representación intencionada del Holocausto tendrá una audiencia prevista, y que se espera que esa audiencia (que siempre es una construcción imaginaria y a menudo inconsciente del autor) haga sentido y capte la fuerza intencionada de la representación que se le dirige. Así, desde el final de la guerra, la creación de un/a lector/a para el Holocausto ha sido obra de escritores/as, artistas, cineastas, e historiadores/as.

Para Kellner, la constitución retórica de los eventos depende entonces de los códigos sociales que prevalecen en un grupo, tiempo y lugar determinados, y la creación de significado en el discurso es siempre una negociación entre varias fuerzas, entre las cuales menciona las siguientes: el material fáctico; la intención del autor/a; los recursos del discurso que rigen las elecciones del autor/a; y las expectativas de lectura de la audiencia. Así, concluye que las posibilidades formales y las instituciones sociales que guían estas fuerzas son las que crean la verosimilitud de los eventos reales, especialmente de aquellos que parecen tan falsos para la vida real como el Holocausto: no hay escapatoria a los riesgos de la representación, no hay límite que garantice ningún

⁷⁵ *Ibid.*, 136-137.

⁷⁶ *Ibid.*, 138.

⁷⁷ *Ibid.*, 138-139.

testigo y, en definitiva, el trabajo debe ser reiniciado dentro de un discurso cambiante, siempre de manera diferente.⁷⁸

Conclusiones

A la luz de todas estas consideraciones, concluimos que las vivencias, expectativas, motivaciones –individuales y colectivas–, los contextos sociales, económicos, culturales, políticos, etc., y los puntos de vista adoptados, son algunos de los elementos que nos condicionan para concebir y representar de diferentes formas el pasado. Así, por ejemplo, podemos encontrar en ciertas escrituras (historiográficas y literarias) rasgos del estilo literario modernista que figuran los eventos que narran como extremos y traumáticos, desde un determinado punto de vista (que en general se ubica en el de las víctimas), pero no podemos decir que los eventos *en sí* son modernistas, singulares, trágicos, etc., o que poseen una determinada “esencia” *per se*. Además, entendemos que la valoración de las representaciones del Holocausto está, en líneas generales y mayoritariamente, condicionada *a priori* por cómo cada autor/a, creador/a, etc., entiende tanto este evento como la noción de representación y su relación con los eventos.

Ante las omisiones y posibles rechazos de determinadas representaciones (del tipo que sean) por considerarlas “no adecuadas”, aquí proponemos una posición alternativa, elaborada a partir de los aportes de la/os autora/es presentada/os anteriormente: partir de la base de que no hay adecuación o correspondencia directa posible entre los eventos y sus representaciones. Así, la elección por una “mejor” o “más adecuada” representación está ligada a diferentes opciones/preferencias/compromisos éticos, políticos, ideológicos, estéticos y epistemológicos, cognoscitivos. Por lo tanto, ciertas diferencias entre valoraciones de las distintas representaciones están vinculadas, retomando a Lavagnino, a una “suerte de tesis implícita de la correspondencia entre vehículos representacionales y órdenes de experiencia”, por lo cual el problema no es entonces “la supuesta continuidad o discontinuidad de la experiencia, sino la idea misma de un vehículo que deba corresponderle”. Es decir, como vimos, la idea de que ciertos eventos y experiencias requieren de ciertas formas o vehículos representacionales para dar cuenta de ellos apropiadamente. Por eso, entendemos que es necesario historizar y atender todas las representaciones “cognoscitivamente responsables” (adecuadas o no, según los distintos puntos de vista) para analizar si realizan aportes (y de qué tipo) a la construcción del conocimiento histórico sobre el Holocausto.

Asimismo, el problema abierto que encontramos como corolario de todas las interpretaciones presentadas es que, justamente más allá de ellas, existe un caudal creciente de representaciones que exceden, a sabiendas o no, los lineamientos propuestos como posibles límites de las representaciones del horror. Entonces, entendemos que la representación como problema “no es saber si se puede o se debe o no representar, sino qué se quiere representar y qué modo de representación se elige para este fin”.⁷⁹

⁷⁸ *Ibid.*, 141.

⁷⁹ José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski, “Cómo sucedieron estas cosas”. *Representar masacres y genocidios* (Buenos Aires: Katz Editores, 2014), 17.

En definitiva, consideramos que la cuestión principal es vislumbrar y comprender qué clase de historia/s nos cuenta y construye la historiografía del Holocausto. Por eso, debemos estar atentos a estos debates y propuestas sobre los modos de representarlo. Pero, no perder de vista que estas cuestiones nos tienen que servir, no como prescripciones que dejen afuera determinados discursos por considerarlos “inadecuados”, sino como herramientas para analizar las representaciones existentes que circulan y forman parte del discurso social. Sus análisis nos sirven justamente para delinear qué fenómenos, continuidades y cambios hubo a lo largo del tiempo en los distintos contextos, a partir de los cuales se fueron configurando las distintas representaciones de éste y otros eventos, y cómo se fue desarrollando la construcción del conocimiento histórico sobre ellos.

Bibliografía

Adorno, Theodor, *Prismas. La crítica de la cultura y la sociedad* (Barcelona: Ariel, 1962).

Angenot, Marc, *El discurso social: los límites históricos de lo pensable y lo decible* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2010).

Auerbach, Erich, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental* (Buenos Aires: FCE, 2014).

Barthes, Roland, “Escribir, ¿un verbo intransitivo?”, en Roland Barthes, *El Susurro del Lenguaje* (Barcelona: Paidós, 1987).

Bevilacqua, Gilda, “A propósito de *La lista de Schindler* (Steven Spielberg, 1993): una revisión del ‘desafío’ del cine a la historiografía moderna”, *Imagofagia*, 9 (2014): 1-31.

Bevilacqua, Gilda, “Hacia la ‘operación histórico-cinematográfica’: el cine del Holocausto en la construcción del conocimiento histórico”, *Revista Brasileira de História*, [vol.] 42, 89 (2022): 239-261.

Browning, Christopher, “Memoria alemana, interrogación judicial y reconstrucción histórica: escritura de la historia de los autores a partir del testimonio de posguerra”, en *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, comp. Saul Friedlander (Buenos Aires: UNQui, 2007).

Burucúa, José Emilio y Kwiatkowski, Nicolás, “*Cómo sucedieron estas cosas*”. *Representar masacres y genocidios* (Buenos Aires: Katz Editores, 2014).

Doran, Robert, “*Metahistoria* y la ética de la historiografía”, en *Hayden White: Cuarenta años de Metahistoria. Del “pasado histórico” al “pasado práctico”*, comps. Verónica Tozzi y Julio Bentivoglio (Buenos Aires: Prometeo, 2016).

Friedlander, Saul (comp.), *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final* (Buenos Aires: UNQui, 2007a).

Friedlander, Saul, “Introducción” a *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, comp. Saul Friedlander (Buenos Aires: UNQui, 2007b).

Friedlander, Saul, *El Tercer Reich y los judíos. Los años de la persecución, 1933-1939* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016a).

Friedlander, Saul, *El Tercer Reich y los judíos. Los años del exterminio, 1939-1945*. (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016b).

Ginzburg, Carlo, “Sólo un testigo”, en *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, comp. Saul Friedlander (Buenos Aires: UNQui, 2007).

Huyssen, Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización* (Buenos Aires: FCE, 2007).

Kansteiner, Wulf, “From Exception to Exemplum: The New Approach to Nazism and the ‘Final Solution’”, *History and Theory*, [vol.] 33, 2 (1994): 145-171.

Katz, Steven, “The ‘unique’ intentionality of the Holocaust”, *Modern Judaism*, [vol.] 1, 2 (1981): 161-183.

Kellner, Hans, “‘Never Again’ is Now”, *History and Theory*, [vol.] 33, 2 (1994): 127-144.

Kershaw, Ian, *La dictadura nazi: problemas y perspectivas de interpretación* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006).

Lang, Berel, “La representación de los límites”, en *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, comp. Saul Friedlander (Buenos Aires: UNQui, 2007).

Lavagnino, Nicolás, “Entre Caín y Prometeo: Hayden White y la representación del pasado reciente en la Argentina posdictadura”, en *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*, comps. Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino (Buenos Aires: EDUNTREF, 2012).

Murad, Omar, *Desafíos del discurso de la memoria al conocimiento histórico. Consecuencias epistemológicas y ético-políticas de la Filosofía modernista de la historia de Hayden White* (Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires, 2016).

Tozzi, Verónica, “Introducción” a White, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario* (Buenos Aires: Paidós, 2003).

Tozzi, Verónica, “La figuralidad abierta de la ‘literatura testimonial’ en la Argentina posdictadura”, en *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*, comps. Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino (Buenos Aires: EDUNTREF, 2012).

Tozzi, Verónica, *La historia según la nueva filosofía de la historia* (Buenos Aires: Prometeo, 2009).

Vidal-Naquet, Pierre, *Los asesinos de la memoria* (México: Siglo XXI, 1994).

White, Hayden, “El entramado histórico y el problema de la verdad”, en *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, comp. Saul Friedlander. (Buenos Aires: UNQui, 2007).

White, Hayden, “La política de la interpretación histórica: disciplina y desublimación”, en Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica* (Buenos Aires: Paidós, 1992).

White, Hayden, *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica* (Buenos Aires: Prometeo, 2010).

White, Hayden, *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 2014).

Perfil Académico

Gilda Bevilacqua es Doctora y Profesora de Enseñanza Media y Superior en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se desempeña como investigadora postdoctoral becaria de la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación (Argentina) y como docente en la cátedra Historia de los Estados Unidos de América del Departamento de Historia (FFyL-UBA). Integra *Metahistorias*, proyecto de investigación en Nuevas Filosofías de la Historia dirigido por la Dra. Verónica Tozzi Thompson, y el grupo de investigación sobre cine e historia, dirigido por el Dr. Fabio Nigra. Ha dictado cursos y seminarios sobre historia, cine y teoría de la historia en instituciones terciarias y universitarias, y ha publicado artículos sobre estas temáticas en libros y revistas especializadas.

Academic Profile

Gilda Bevilacqua, PhD in History and Professor of Secondary and Higher Education in History from the University of Buenos Aires (UBA). She works as a postdoctoral scholarship researcher at the National Agency for the Promotion of Research, Technological Development and Innovation (Argentina), and as an Assistant Professor in History of the United States of America at the Department of History (FFyL-UBA). She is a member of *Metahistorias*, a research project on New Philosophies of History directed by Dr. Verónica Tozzi Thompson, and the research group on film and history, directed by Dr. Fabio Nigra. She has taught courses and seminars on history, film, and

theory of history at colleges and universities, and has published papers on these topics in specialized books and journals.

Fecha de recepción: 22 de enero de 2022.

Fecha de aceptación: 30 de mayo de 2022.

Publicación: 1 de julio de 2022.

Para citar este artículo: Gilda Bevilacqua, “La representación del Holocausto como problema en la historiografía”, *Historiografías*, 23 (enero-junio, 2022), pp. 92-113.